

mamá, papá ¿qué es la muerte?



contenidos

pag. 4-5

1



Introducción

pag. 6-9

2



Cómo entienden y afrontan los niños la muerte. Diferencias en función de la edad

pag. 10-11

3



Influencia del parentesco y cercanía en la respuesta del niño ante la muerte

pag. 12-15

4



Cuándo y cómo comunicarles la mala noticia

pag. 16-19

5



Fases del duelo en los niños y consecuencias emocionales

pag. 20-23

6



Cómo volver a la rutina en casa y en el colegio

pag. 24-27

7



Claves para diferenciar un duelo correcto de un duelo complicado en niños

pag. 28

8



Sobre Meridiano, Compañía de Seguros

pag. 29

9



Sobre los autores

pag. 30-31

10



Bibliografía recomendada

Son muchos los padres y madres que en ocasiones tienen que enfrentarse a una situación delicada: contarle a sus hijos el fallecimiento de algún ser querido, y es en este momento cuando les invaden las dudas. ¿Cuándo y cómo se lo digo?, ¿cómo reaccionará?, ¿debo implicarle en los actos de despedida?, ¿qué pautas seguir para la vuelta a la rutina del niño?

Como experto en seguros de decesos y en su continuo afán de apoyar a las familias y ofrecerles un servicio completo en todo momento, Meridiano, Compañía de Seguros, ha elaborado la Guía Mamá, Papá ¿qué es la muerte?, un completo manual para ofrecer ayuda a los padres y madres a la hora de abordar la muerte de un familiar, que ha realizado el equipo de psicólogos liderado por Nuria Javaloyes, Miguél Sánchez y Lara Botella.

Casi inevitablemente los adultos tenemos la tendencia de proteger a nuestros hijos del dolor. Sin embargo, en la actualidad sabemos que hablar de la muerte y el dolor con ellos no sólo no les perjudica, sino que les ayuda en su desarrollo emocional de manera positiva.

Numerosos estudios demuestran que los niños generalmente tienen los recursos suficientes para asimilar las pérdidas de forma adecuada. De hecho, sabemos que cuando callamos, ocultamos información o dejamos sin atender determinadas demandas, inquietudes o temores del niño estamos propiciando una mala consecución del duelo, que puede llegar a convertirse en fuente de sufrimiento o malestar.

Con esta guía, desde Meridiano, Compañía de Seguros, te ofrecemos la ayuda necesaria proporcionándote los recursos necesarios para mejorar la seguridad y confianza en la difícil tarea de acompañar a un niño en estos momentos tan delicados.

Sabemos que hablar de la muerte y el dolor con los niños les ayuda en su desarrollo emocional de manera positiva



Cómo entienden y afrontan los niños la muerte

Lo primero que debemos plantearnos es cómo entienden los más pequeños la muerte y es que en este aspecto la edad es un factor clave. Cada tramo de edad requerirá atender a ciertas particularidades de forma específica:

De 0 a 2 años

Incluso los niños menores de 2 años son capaces de sentir la ausencia de una persona con la que existe un vínculo. Si se experimenta el sentimiento de pérdida, el niño puede dar respuesta a ello con irritabilidad, cambios en el llanto, alteraciones en el ritmo de las comidas, etc.

¿Qué hacer? En esta etapa lo más importante es mantener sus rutinas, horarios y ritmos, procurándole un entorno de seguridad y estabilidad, cogiéndole en brazos, tocándole muy a menudo y haciéndole sentir a salvo.

De 2 a 6 años

Para los niños de entre 2 y 6 años la muerte es algo reversible y temporal como estar dormidos, llegando a imaginar que la persona fallecida puede volver si lo desea en cualquier momento. En esta etapa, no son capaces de entender el concepto de "irreversibilidad", por ello puede ocurrir que el niño muestre indiferencia o inexpresividad.

¿Qué hacer? En esta edad los niños ya cuentan con la posibilidad de hablar, por tanto es importante que utilicemos un lenguaje claro y preciso para contestar a sus preguntas; ¿Por qué no viene?, ¿dónde está?, ¿tú también te vas a morir? Contestaremos de forma



A la hora de darles la noticia es aconsejable evitar eufemismos como "se ha ido", "está de viaje" o "está dormido"

breve y concisa teniendo en cuenta que, entre 5 y 10 minutos después de haber comenzado nuestra explicación, el niño dejará de prestarnos atención. Con nuestras respuestas le estamos ayudando a entender que la muerte es irreversible, universal y que tiene un porqué. Por ejemplo, les transmitiremos que nosotros también moriremos cuando seamos “muy muy mayores” o estemos “muy muy muy enfermos”. Además debemos evitar utilizar eufemismos como “se ha ido”, “está de viaje”, “está dormido”, etc.

De 6 a 10 años

Desde los 6 años el niño va avanzando al concepto adulto de muerte, buscando respuestas en razonamientos más objetivos. Al final de esta etapa el niño ya sabe que la persona que muere no va a volver, comprendiendo los conceptos de irreversibilidad (no hay retorno) y universalidad (todos moriremos algún día).

¿Qué hacer? En este punto pueden aparecer miedos, temores o angustias en torno a la posibilidad de que las personas queridas puedan sufrir algún daño o morir. El miedo a la muerte es normal por lo que animaremos al pequeño a hablar sobre ello con nosotros. Además, en esta etapa es especialmente importante atender las preguntas del niño, dado que el nivel de sofisticación en su capacidad de razonar es mayor.

Por otra parte, suele ser a partir de esta edad cuando el niño puede tener la iniciativa de querer participar en los rituales de despedida. Para ello, es importante anticiparle en qué va a consistir y permitirle que participe si así lo desea, orientándole en las diferentes formas en que puede hacerlo (poema, carta, canción, dibujo, etc.).

De 10 a 13 años

En la preadolescencia el concepto de muerte se entiende completamente, pero eso no implica saber afrontarla. El preadolescente no tiene todavía los recursos emocionales y comunicativos de un adulto, por lo que en ocasiones prefiere no hablar de ello, siendo habitual que adopten actitudes y busquen actividades de desconexión con todo lo que tenga que ver con la muerte, el duelo y el sufrimiento.

Además, es justo en esta etapa donde coincide el desarrollo de “sí mismo”, por lo que el adolescente puede tener problemas de identidad, tal vez tratando de asumir roles que no le corresponden o buscando una autoafirmación desde conductas de tipo rebelde o evitativo.

¿Qué hacer? En esta etapa es aconsejable que participen en los ritos funerarios de la misma forma que el resto de sus familiares. La transmisión de nuestras experiencias previas facilita a los preadolescentes un modelo fiable de cómo sobrellevar esos momentos y seguir adelante. En esta etapa debemos mostrarnos accesibles y cercanos, respetando sus tiempos y proporcionándoles seguridad para el futuro.

La intensidad de un duelo es directamente proporcional a la intensidad del vínculo, por lo tanto, no es tan importante el grado de parentesco como el grado de vinculación afectiva del menor con la persona fallecida. En este sentido, por ejemplo, la pérdida de un abuelo con el que no se tiene mucho contacto puede llevarse más fácilmente que en casos donde el niño tiene una relación más cercana o incluso ha compartido domicilio con él. No obstante, la pérdida de personas mayores es transmitida por los adultos como algo más natural (“ley de vida”), por lo que este tipo de pérdidas no suelen habitualmente constituir duelos complicados en niños.

Sin duda la muerte de uno de los progenitores constituye para el menor una experiencia que afectará a su forma de estructurar la visión de sí mismo y del mundo. De este modo, el padre/madre superviviente actúa como modelo transmitiendo cómo afrontar la muerte. No es recomendable, en ningún caso, que el niño sienta que además de su propio duelo tiene que hacerse cargo del duelo del progenitor, es decir, un niño no debe ser el punto de apoyo en el que el adulto deposita su sufrimiento.

En el caso del fallecimiento de un hermano/a es fundamental que el niño no sienta la expectativa sobre él de sustituir en cierto modo al fallecido. Tampoco es adecuado transmitir, ni siquiera de manera indirecta, comparaciones en ningún sentido entre ellos. En este caso los padres deben estar atentos de no sobreproteger al hijo vivo ya que, sin pretenderlo, estaremos generando efectos indeseados en el bienestar emocional del menor. Suele ser frecuente que el niño tenga un sentimiento de intensa culpa por haber deseado la muerte o la desaparición de su hermano de manera inocente (deseo que en su fantasía se ha visto cumplido pero del que se arrepiente profundamente). En este sentido, el niño va a necesitar de nuestra aceptación y comprensión incondicional para poder superar este sentimiento.



No es recomendable
que el niño tenga
que hacerse además
cargo del duelo del
progenitor

Cuándo
y cómo
comunicarles
la mala
noticia

4

Pese a que nuestro impulso inicial sea proteger a los niños apartándolos de lo que ha ocurrido, la muerte del ser querido se ha de comunicar lo antes posible. La noticia tiene que ser transmitida por alguien de confianza con quien el niño tenga un vínculo afectivo fuerte. La mejor opción si es posible será uno de los padres.

Pero la pregunta que surge es ¿y qué le decimos? Le decimos la verdad, graduada y adaptada a su capacidad de entender, sin utilizar eufemismos que pueden confundirle, perdiendo el miedo a utilizar la palabra muerte.

Intentaremos, según la edad, ponerle ejemplos cercanos de fallecimientos que ya han ocurrido (el abuelito de su amiga, el perro del vecino, etc.) para que el niño pueda asociar conceptos y entender la irreversibilidad de la muerte. Es importante además que le hablemos de lo que significa estar muerto, el final de la vida, no poder ver, ni oír, etc. Asimismo, intentaremos darle esperanza explicándole que el vínculo con esa persona sigue vivo en el recuerdo.

Además intentaremos proporcionarles un entorno de seguridad y tranquilidad, sin dar toda la información de golpe. Tanto la excesiva información, por ejemplo de detalles morbosos, como el defecto de la misma, por ejemplo decir que “papá se ha ido de viaje”, no son recomendables. Por ello, para saber la justa medida de la información, el niño necesita que estemos muy atentos a sus preguntas tanto en el momento como tiempo después. Observar al niño es el mejor “termómetro” para saber qué necesita en cada momento y poder adaptarnos a sus necesidades.



Debemos comunicárselo cuanto antes, alguien cercano y diciéndole la verdad, adaptada a su edad y capacidad de entender

“Manu quiero decirte una cosa importante, ven siéntate conmigo. Mira, tú ya sabes que el abuelito estaba muy malito desde hace tiempo ¿verdad? Y que los médicos han intentado curarle con todas las medicinas que tenían, por eso ha estado muchos días en el hospital ¿verdad? Pues los médicos ya no tenían más medicinas para darle porque han usado todas las que podían curarle y el abuelito esta mañana se ha muerto. Eso quiere decir que ya no vamos a poder volver a verle como antes le podíamos ver. Ahora el abuelito ya no vive, no puede vernos ni hablar...”

¿Lo entiendes? Yo estoy muy triste por saber que no vamos a poder verle más, pero ¿sabes que? Yo creo que, a partir de ahora podemos verle en nuestra imaginación si cerramos los ojos y pensamos mucho en él. Yo creo que podemos volver a decirle cosas aunque no nos pueda contestar y pensar eso me ayuda a no estar tan triste, incluso mira, me he puesto esta foto del abuelito en la cartera para que no se me olvide nunca !!”

Si mientras le damos la mala noticia se nos escapan las lágrimas lo utilizaremos para normalizar y legitimar la tristeza, explicándole que es muy normal sentirnos tristes, pero sí evitaremos desbordarnos delante del niño con un llanto incontrolado.

Es muy posible que después de decirle lo que ha pasado, el niño nos haga preguntas diferentes según su edad, pero en cualquier caso difíciles de contestar; ¿Por qué le ha pasado a él? ¿Por qué ha tenido un accidente? ¿Me voy a morir yo también? ¿Te vas a morir tú? A algunas de estas preguntas no tenemos respuesta y podemos decírselo sin rodeos, aceptando que nosotros tampoco entendemos ciertas cosas y que en la vida hay cosas muy difíciles de comprender.

“¿Si papá se ha muerto tú también te puedes morir? Papá ha tenido un accidente y se ha muerto porque han usado todas las medicinas para curarle y no han podido, pero es muy muy muy difícil que eso me pase a mí también. Yo quiero cuidar de ti mucho mucho tiempo.”

¿Y yo también me puedo morir? Marta todos lo que están vivos se pueden morir, los animales, las plantas... Pero eso solo pasa cuando están muy muy malitos y ya no hay medicinas, o son muy muy mayores y tu eres pequeña y estás muy sana !!”

En los niños a partir de los 6 años se recomienda que participen si quieren en el tanatorio, ceremonia o funeral. Con ello conseguimos que se sientan uno más de la familia y serán también receptores del consuelo y apoyo del resto de amigos y familiares que acuden a los diferentes ritos.

Si decidimos preguntarle si quiere venir, previamente le explicaremos lo que va a pasar, a donde vamos a ir, quien va a estar, etc., anticipándole que puede haber manifestaciones de dolor, dejándole libertad para que sea él el que tome la última decisión y asegurándole que en todo momento estará acompañado por alguien de confianza. Los niños y los adolescentes también necesitan despedirse.

En los meses posteriores incluiremos al niño en nuestras conversaciones sobre la persona fallecida. No hablar de ella sólo complica más el proceso. Debemos ayudarles a que compartan sus emociones y recuerdos para que puedan hacer la tarea más importante del duelo que es recordar al fallecido, y la mejor manera de hacerlo es que nos vean como modelo. Así le damos herramientas para que ellos mismos puedan gestionar adecuadamente lo que están sintiendo.

El duelo es para los niños, al igual que para los adultos, un proceso adaptativo que atraviesa diferentes etapas. No se trata de una línea recta en la que se van superando obstáculos, sino un camino donde se avanza y se retrocede, hasta que va progresando lentamente y llega a su resolución.

Las fases son distintas entre adultos y niños hasta aproximadamente los 13 años, y la intensidad con la que el niño lo procese dependerá de su edad y de su desarrollo emocional y social. Las diferentes fases por las que pasa un niño en su proceso de duelo son tres:

1. Protesta

Se trata de una respuesta inmediata de negación, una fase de protesta, en la que el niño echa en falta la presencia del familiar fallecido. Los niños pequeños pueden manifestar su protesta llorando amargamente y mostrando de una u otra manera sus quejas en señal de espera a que el fallecido vuelva.

Esta fase puede durar varios días, siempre dependiendo de la edad. Suelen mostrar una gran irritabilidad y se mantienen alerta ante cualquier señal o estímulo auditivo o visual, puesto que están esperando que regrese.



El duelo es un proceso adaptativo que requiere tiempo. Los niños y adolescentes también necesitan tiempo para despedirse

2. Desesperanza

Transcurridos unos días el niño deja de esperar que su familiar ausente aparezca de nuevo. Las muestras de irritabilidad y llanto dejan de ser tan constantes y se abre paso a una fase de apatía y retracción. Por ejemplo, en esta fase podemos observar como el niño tiene menor actividad física, se divierte menos o manifiesta menos ilusión por realizar los planes que le proponemos.

Es normal que el niño proyecte estos sentimientos mediante juegos simbólicos. Y en determinadas edades pueden aparecer sentimientos de tristeza, miedo, culpa y cambios de humor.

3. Transformación del vínculo

Al cabo de un tiempo, que será diferente para cada caso, el niño empieza a aceptar la dolorosa realidad de la pérdida de su ser querido. Se empieza a transformar poco a poco el vínculo emocional que tenía con esa persona. Es a partir de esta fase donde vuelve la normalidad en la vida emocional del niño y a partir de este punto empieza a mostrar interés por el mundo que le rodea.

Transcurridos unos días el niño deja de esperar que su familiar ausente aparezca de nuevo y se abre paso a la fase de Desesperanza, donde es normal que el niño se divierte menos o manifieste menor ilusión por realizar nuevos planes

Al cabo de un tiempo el niño empieza a aceptar la dolorosa realidad de la pérdida de su ser querido

Cómo volver a la rutina en casa y en el colegio

El proceso de vuelta a la cotidianidad del niño es una cuestión que preocupa a la mayoría de padres y educadores requiriendo necesariamente que entren en juego tanto la familia como el propio colegio de forma coordinada.

Hemos de tener en cuenta que de manera inherente al propio proceso de duelo, el menor ha experimentado una “gran sacudida” en la forma de sentir su relación con las diferentes personas de su entorno afectivo: no sólo es el hecho de sentir la ausencia del fallecido, es posible que algunos de los adultos se muestren más distantes con él, dada la situación de angustia, dolor, etc., e incluso es frecuente que haya alguna figura nueva (tíos, abuelos, etc.) que se hace más presente para suplir las ausencias y ocuparse de atender las necesidades del niño.

En todo este escenario de cambio es muy importante que las rutinas del menor varíen lo mínimo posible. En ningún caso es recomendable alejar al menor del entorno familiar para “protegerlo” del dolor o de las vivencias de la familia, ya que éste puede vivir este alejamiento como angustioso.

El mantenimiento de rutinas, costumbres y horarios es una forma de armonizar el mundo interior del niño a través de su mundo externo. Eso sí, siempre con cierta flexibilidad, sobre todo durante los primeros días, ya que es habitual que necesiten ayuda en sus tareas cotidianas y que experimenten cierta ansiedad a la hora de separarse de sus seres queridos para acudir a algún lugar.

En lo que respecta al ámbito del colegio, es recomendable que el profesorado conozca la situación y establezca un canal de comunicación estable con el entorno familiar del niño, con objeto de minimizar los posibles problemas de descenso del rendimiento escolar o de inadaptación.

Es importante que las rutinas del menor varíen lo menos posible y coordinarse con el colegio para el seguimiento del menor

COLEGIO



Tanto el profesorado como la familia deben ser conscientes de que en este tipo de procesos la capacidad de atención y concentración del niño se verá afectada en alguna medida y le costará seguir el ritmo de las clases o tareas.

Además, casi por norma general, el niño o preadolescente en duelo va a mostrar conductas de tipo ansioso (mostrarse suspicaz, irritable, preocupado, obsesivo o incluso desafiante) y episodios de llanto repentinos.

Los profesores pueden mantener una reunión con los familiares o cuidadores del niño y así poder preparar una pequeña charla al resto de compañeros sobre la situación que el menor ha vivido. Esto facilitará que todos los niños tengan una versión lo más clara y veraz posible, evitando así que a su vuelta tenga que sufrir rumores, preguntas incómodas o malos entendidos.

Además el profesor puede y debe educar al resto de alumnos en qué cosas pueden decir y que cosas no en estas situaciones. Además, será oportuno que el maestro facilite un turno de preguntas con los alumnos para poder expresar aquellas cosas que les pueden estar preocupando.

Asimismo, se pueden tomar ciertas medidas para facilitar su ajuste al centro como por ejemplo permitirle realizar llamadas a sus seres queridos durante el horario escolar, permitirles salir de clase o ir al baño si están angustiados, cambiarles las fechas de los exámenes o trabajos, o asignarle una persona para que pueda desahogarse cuando lo necesite, creando espacios de soporte emocional a nivel individual y reduciendo su nivel de estrés.

En ningún caso es recomendable alejar al menor del entorno familiar o las vivencias de la familia

Durante este tipo de procesos tanto la familia como el profesorado deben ser conscientes que la capacidad y concentración del niño se verá afectada en alguna medida

Claves para diferenciar un duelo correcto de un duelo complicado

La mayoría de los niños aprenden a elaborar sus duelos sin grandes complicaciones, sin embargo, en determinadas circunstancias de dificultad o carencia afectiva el proceso de duelo puede suponer un problema provocando que el desarrollo normal se vea comprometido. A continuación enumeramos algunos de los factores que indican que, por algún motivo, el niño no puede elaborar su duelo y se convierte en un duelo complicado.

En determinadas circunstancias de dificultad o carencia afectiva el proceso del duelo puede suponer un problema, provocando que el desarrollo normal se vea comprometido

Bebé Correcto

Cuando se muestra irritado, llora, o realiza conductas para llamar la atención.

Complicado

Cuando deja de buscar y mantener el contacto visual con el cuidador de forma constante, no imita los gestos que ve, o deja de emitir señales para llamar la atención del adulto o para comunicarse.

2-6 años

Se encuentran llenos de vitalidad y energía y todo lo que les rodea les suscita una gran curiosidad. Que hagan preguntas es lo normal.

Cuando pierden totalmente el interés por su entorno, manteniendo la mirada perdida y mostrándose poco activos. Algunas de las manifestaciones más comunes son el enlentecimiento psicomotor, se encuentran inhibidos, sus movimientos son lentos y se mueven poco, lo que os indica que está bloqueado. La pérdida de control de esfínteres y la imposibilidad de desarrollar un juego simbólico también indican un bloqueo emocional en el niño.

6-10 años

El niño hará preguntas para entender lo que está pasando. Además, puede querer participar de los rituales de despedida.

Puede aparecer un indicador de duelo complicado como la regresión. El niño puede realizar determinadas conductas que serían propias de edades más tempranas y que ya había dejado atrás (enuresis nocturna, encopresis, rabieta, etc.).

Pre-adolescentes

Es normal que busquen actividades de desconexión que les alejen de lo que está pasando.

Si adopta un comportamiento demasiado maduro, adoptando un papel protector con algunos de sus familiares.

¿Qué hacer en el caso de un duelo complicado?

- Consultar a un psicólogo para analizar las dificultades del niño, crear un plan de trabajo y valorar si es necesario que el niño acuda a la consulta.
- Enseñar a los niños a expresar sus emociones y a manejarlas de una forma adecuada para ellos. Respetarlos, valorarlos y ofrecerles una mirada de reconocimiento y confianza.
- Enseñarles a vivir en relación a su pérdida, ofreciéndoles los recursos necesarios para que puedan desarrollarse por sí mismos y para que algún día puedan seguir su vida sin nosotros. Sus adultos de referencia son los mejores modelos.



Es muy importante enseñar a los niños a expresar sus emociones, eso les ayudará a desarrollarse por sí mismos y superar la pérdida

Esta Guía ha sido editada por Meridiano, Compañía de Seguros, en colaboración con un equipo de expertos psicólogos, liderados por Nuria Javaloyes, con el objetivo de ofrecer a las familias una Guía práctica y sencilla para ayudarles a superar el duelo de sus hijos u otros niños de su entorno cercano.

La misión de Meridiano, compañía de seguros especializada en el ramo de decesos, es asistir a las personas, proporcionándoles ayuda, confianza y tranquilidad en los momentos más duros, a través de un claro compromiso con los clientes y la sociedad, apoyándose en los valores de humildad, respeto, responsabilidad, trabajo en equipo y vocación de servicio.

La edición de esta Guía está disponible de manera gratuita en la web de Meridiano, www.segurosmeridiano.com, y en las 65 oficinas de Meridiano repartidas por el territorio nacional.



Sobre los autores

Nuria Javaloyes Bernácer. Psicóloga. Coordinadora de la Guía

Licenciada en Psicología por la Universidad de Valencia (1996), Master en Psicooncología por la Universidad Complutense de Madrid (2004), ha desarrollado su carrera profesional en el ámbito de la Psicoterapia Integrativa Relacional, la Psicología de la Salud, la Psicooncología y el Acompañamiento en el Duelo en diferentes hospitales de la Comunidad Valenciana y Cataluña. Actualmente trabaja como Psicóloga de la Salud y Psicooncóloga en la Plataforma de Oncología del Hospital Quirón Torrevieja y coordina los Grupos de Atención a la Pérdida y al Duelo (GAP) de la provincia de Alicante en los tanatorios del Grupo ASV (Alicante, Elche y Orihuela).

Miguel Sánchez Barredo. Psicólogo

Licenciado en Psicología por la Universidad de Valencia (2002), ha desarrollado desde entonces su carrera profesional en el ámbito de la Psicoterapia Integrativa, la Psicooncología y la Neuropsicología Clínica, en diferentes hospitales y centros de la provincia de Alicante, especializándose en el abordaje emocional de las enfermedades avanzadas y trabajando tanto con pacientes como con sus familiares en las distintas fases del proceso de enfermedad, incluidos los procesos de duelo post-fallecimiento. En la actualidad es Neuropsicólogo en el Hospital Quirón Torrevieja y Responsable del Servicio de Atención Psicológica al Duelo en el tanatorio Vega Baja del Grupo ASV.

Lara Botella Mira. Psicóloga

Licenciada en Psicología por la Universidad Jaume I de Castellón (2010), Máster en Psicología Clínica y de la Salud por la Universidad de Valencia (2011), Postgrado en Counselling y Salud por la Universidad de Valencia (2012), Máster en Psicooncología por la Universidad Complutense de Madrid (2014), ha desarrollado su carrera profesional en el ámbito de la Psicología de la Salud, la Psicooncología y el Acompañamiento en Duelo. Actualmente trabaja como Psicóloga de la Salud en el Hospital Quirón Torrevieja y es responsable del Servicio de Atención Psicológica al Duelo en el tanatorio de Alicante del Grupo ASV.

Agustí, A, Esquerda, M (2012)

El niño ante la muerte. Cómo acompañar a chicos y adolescentes que han perdido a un ser querido. Barcelona, Milenio.

Baum, H (2007)

¿Está la abuelita en el cielo? Cómo tratar la ausencia y la tristeza con niños. Barcelona, Oniro.

Bucay, J (2003)

El camino de las lágrimas. Barcelona, Grijalbo.

Cid Egea, L (2011)

Explícame qué ha pasado. Guía para ayudar a los adultos a hablar de la muerte y el duelo con los niños. Fundación Mario Losantos del Campo (FMLC). Disponible en: <http://www.fundacionmlc.org/actualidad/noticias/descarga-aqui-guia-duelo/>

Cavodevilla, I (1999)

Vivir y morir conscientemente. Bilbao, Desclee.

Kübler Ross, E (1992)

Los niños y la muerte. Editores Luciérnaga Océano.

Kroen, William C (2002)

Cómo ayudar a los niños a afrontar la pérdida de un ser querido. Un manual para adultos. Barcelona, Oniro.

Lyons, C, Shaefer, D (2011)

Cómo contárselo a los niños. Respuestas adecuadas cuando alguien fallece. Barcelona, Medici.

Neimeyer Robert A. (2001)

Aprender de la pérdida. Una guía para afrontar el duelo. Barcelona, Paidós Ibérica.

Payás Puigarnau, A. (2014)

El mensaje de las lágrimas. Barcelona, Paidós Libros.

Roccagliata, S (2001)

Un hijo no puede morir. Santiago de Chile, Grijalbo Editorial.

Santamaría C. (2010)

El duelo y los niños. Sal Terrae editorial.

Worden, J.W (1997)

El tratamiento del duelo: asesoramiento psicológico y terapia. Buenos Aires, Paidós.

